



Me dispongo a la oración con estos textos

“ El cristiano es un especialista en Cristo, y de la misma manera que el mejor oculista es el que más sabe de teoría y de práctica de ojos, el mejor cristiano es el que más sabe de teoría y de práctica de Jesús.

Esta fue la semilla de vida que la Providencia amorosa dejó caer en mi estiércol valiéndose de las palabras de su servidor el arzobispo de París, que nunca supo ni pudo sospechar que iban a cambiar toda mi vida.

–Guillermo Rovirosa, O.C. T.I. 550

“ Creer en Jesús significa hacer de Él el centro, el sentido de nuestra vida. Cristo no es un elemento accesorio: es el «pan vivo», el alimento indispensable. Adherirse a Él, en una verdadera relación de fe y de amor, no significa estar encadenados, sino ser profundamente libres, siempre en camino. Cada uno de nosotros puede preguntarse: ¿quién es Jesús para mí? ¿Es un nombre, una idea, es solamente un personaje histórico? O ¿es verdaderamente esa persona que me ama, que ha dado su vida por mí y camina conmigo?

–Francisco, *Ángelus*, 23 agosto 2015

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

Como Rovirosa tendré que preguntarme qué sé yo, vitalmente, de Cristo. O hacerme las preguntas a las que me invita el papa: ¿Quién es Jesús para mí? ¿Cuál es mi relación vital con él?

La respuesta configura mi vida.

¿Quién soy yo para ti?

Jesús, Tú eres...
la palabra a proclamar,
la verdad que debe ser dicha,
la luz que debe ser encendida,
la vida que se debe vivir,
el amor que debe ser amado.

Jesús, Tú eres...
la alegría a compartir,
la paz que se debe dar,
el pan de vida que se debe comer.

Jesús, Tú eres...
el hambriento que debe ser sustentado,
el sediento que debe ser saciado,
el desnudo que debe ser vestido,
el sin casa que hay que acoger,



el solitario a quien se debe amar,
el despreciado que debe ser acogido.

(santa Teresa de Calcuta)



Hoy me dice LA PALABRA...

Mt 16, 13-20. ¿Quién decís que soy yo?



Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?». Ellos contestaron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas». Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Simón Pedro tomó la palabra y dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo».

Jesús le respondió: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que des-

ates en la tierra quedará desatado en los cielos». Y les mandó a los discípulos que no dijeren a nadie que él era el Mesías.

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

La doble pregunta que Jesús hace a sus discípulos es la que nos hace hoy a nosotros, y es también la doble pregunta fundamental que hemos de respondernos para saber si realmente somos cristianos, seguidores y seguidoras de Jesús, si reconocemos en Él al «Hijo de Dios» y, como tal, ponemos nuestra vida en su integridad centrada en su persona y su presencia, o si, por el contrario, para nosotros no pasa de ser una referencia sin más trascendencia.

En el fondo, la pregunta de Jesús busca discernir si nuestra vida es la de los seguidores y testigos que nos llama a ser –¿quién dice la gente que soy?– porque averigua lo que transmitimos, cuestiona nuestra misión, y porque nos pregunta –y vosotros, ¿quién decís que soy yo?– sobre la raíz



ORAR EN EL MUNDO OBRERO

📅 21º Domingo del Tiempo Ordinario A • 27 agosto 2023 • www.hoac.es



de esa misión que no es otra que el reconocimiento de su divinidad de modo que solo centrando en Él nuestra vida podemos vivir en plenitud la Vida del Reino de la que hemos de ser testigos.

Jesús no nos pregunta lo que hemos estudiado, lo que sabemos o lo que decimos a otros de él, sino en qué medida vivimos, nos movemos, existimos en él. En qué medida somos en él y para él. A la pregunta que Jesús nos formula –la pregunta de nuestra fe– solo podemos responder adecuadamente en la medida en que nos encontramos personalmente con él. Es una pregunta que solo se responde bien desde la experiencia cotidiana del encuentro con el Resucitado, desde la experiencia del reconocimiento de su rostro en las heridas fraternas que estamos llamados a acoger, cuidar y sanar.

Jesús nos pregunta en qué medida nuestra vida solo tiene sentido desde el seguimiento y el testimonio vital que ofrecemos, sobre nuestra experiencia de sentirnos entrañablemente amados gratuitamente por Dios.

No es suficiente decir que Jesús ofrece un proyecto de vida que humaniza, y que es bueno acogerlo. No valen las respuestas de catecismo, aprendidas, por profundas que puedan ser. Es necesario reconocer vitalmente que es el Hijo de Dios hecho hombre, Dios encarnado en nuestra vida por amor. Solo así podemos acoger y realizar la tarea del Reino que nos encomienda: Id y anunciad...

Una tarea que se pone en manos de la Iglesia, de la comunidad; una tarea de reconciliación y humanización, para tender puentes abriendo hueco en los muros que nos separan, tejiendo fraternidad. Por eso nuestra respuesta no puede limitarse a la intimidad del encuentro personal, sino que ha de expresarse en público, dando a la tarea de la evangelización su insustituible dimensión social.

El reino de Dios –del que Jesús entrega a Pedro las llaves– no es algo que podamos entender como propiedad cerrada de acceso exclusivo, sino la realidad en la que se nos encomienda transformar esta vida, esta humanidad, para unir lo disperso, vincular lo distinto, reunir lo separado, y transformar esta vida, de modo que pueda ser el espacio vital capaz de acoger lo solo, lo disperso, lo que necesita ser de nuevo curado, abrazado, vinculado por amor.

La pregunta de Jesús es la que nos formulan hoy desde diversas situaciones dolor, de sufrimiento, de exclusión, nuestras hermanas y hermanos más empobrecidos, ante los que hemos de dar razón de nuestra esperanza, y de nuestra fe: ¿en qué Dios dices que crees? ¿En quién crees? ¿En qué se nota eso en tu estilo de vida, en el uso de tus bienes, en el cuidado que tienes de la creación...?

La pregunta de Jesús nos pone, en fin, ante nuestra propia coherencia vital.

Mi proyecto de vida es el que responde a la pregunta de Jesús. ante el nuevo curso próximo a comenzar, lo repaso y reviso y me pregunto a qué pregunta responde, cómo responde a esa pregunta de Jesús, qué dice de Jesús mi propia vida.

Y me planteo cómo puedo crecer en esa respuesta de fe que Jesús espera.



Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre

Jesús de Nazaret

¿Cómo dejarte ser solo Tú mismo,
sin reducirte, sin manipularte?
¿Cómo, creyendo en Ti, no proclamarte
igual, mayor, mejor que el Cristianismo?

Cosechador de riesgos y de dudas,
debelador de todos los poderes,
tu carne y tu verdad en cruz, desnudas,
contradicción y paz, ¿eres quien eres!

Jesús de Nazaret, hijo y hermano,
viviendo en Dios y pan en nuestra mano,
camino y compañero de jornada,

Libertador total de nuestras vidas
que vienes, junto al mar, con la alborada,
las brasas y las llagas encendidas.

(Pedro Casaldáliga)



Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día...

Concédenos, como a todos nuestros
hermanos y hermanas de trabajo,
pensar como Tú,
trabajar contigo,
y vivir en Ti.

María, madre de los pobres, ruega
por nosotros.

